



Capítulo 588: Preparativos del torneo

Virgilio observó la escena que tenía ante sí con ese mismo aire tranquilo que llevaba cuando algo lo divertía más que lo preocupaba.

El campo de entrenamiento todavía apestaba a sangre fresca y hierro quemado, el suelo agrietado y manchado de escarlata —un nuevo recordatorio del duelo entre Ada e Ingrid.

En el centro, Ingrid intentó en vano volver a colocarse el brazo. La extremidad colgaba grotescamente y su regeneración fallaba por completo. La frustración estaba grabada en su rostro —no dolor, sino pura vergüenza.

Virgilio arqueó una ceja y su voz estaba llena de ironía.

"Entonces... ¿Ada te derrotó tan fácilmente?"

Katharina, parada un poco más atrás, soltó una suave risa, cubriendose la boca con la mano.

"Sí," respondió ella, divertida. "Incluso con la desventaja, debo admitirlo... Ada fue una sorpresa."

Ada, sentada sobre uno de los pilares rotos, limpió tranquilamente la sangre de la hoja de su katana. Su expresión era fría, su mirada impasible—como si la pelea no hubiera sido más que una carrera de práctica.

Sin levantar la cabeza, habló en un tono tranquilo pero decidido:



"No voy a perder esta oportunidad."

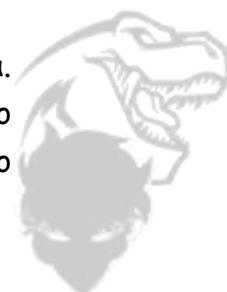
Virgilio soltó una breve risa.

"Por supuesto que no lo harás", respondió, y luego centró su mirada en Ingrid.
"Y tú..."

Dio un paso adelante.

Su mirada se encontró con la de ella—constante, penetrante.

"Eras sólo una promesa vacía, ¿no es así?" preguntó con una sonrisa irónica.
"Amón habló mucho de ti... dijo que eras uno de los buenos. ¿Pero honestamente?" Él se encogió de hombros. "No he visto nada malo contigo todavía."



La mirada de Ingrid se oscureció. Si hubiera podido, lo habría apuñalado allí mismo.

"Oye, no me mires así", dijo Vergil, levantando las manos en señal de rendición simulada. "No es mi culpa. Amón te puso en un pedestal."

Ingrid respiró profundamente y apretó la mandíbula.

"Luché sin conocer su poder," dijo con los dientes apretados. "Ella me observó dos veces antes de mirarme. Era una desventaja."

El tono era amargo, pero cierto.



Virgilio la observó durante unos segundos, en silencio. Luego, en un movimiento sencillo, se acercó. El sonido de sus botas en el suelo agrietado hizo que Ada mirara hacia arriba con curiosidad.

"Tsk..." murmuró. "Es patético verte intentando volver a pegar tu brazo así."

Sin más preámbulos levantó la mano.

Las venas debajo de la piel de Ingrid reaccionaron instantáneamente. Su sangre atendió el llamado de Virgilio y fluyó como un río vivo. El brazo desmembrado se elevó por sí solo, las arterias se reconectaron en un brillo carmesí que pulsaba como fuego líquido.

Vergil colocó sus dedos sobre el cruce y susurró:

"Utiliza energía para regenerar la piel."

Ingrid cerró los ojos, canalizando el poder. Poco a poco, la carne se reconstruyó y la piel selló la herida como si el corte nunca hubiera existido.

Cuando terminó, volvió a abrir los ojos —todavía furiosa, pero ahora entera.

Vergil dio un paso atrás satisfecho y cruzó los brazos.

"Ahí lo tienes. De vuelta al juego."

Ingrid gruñó suavemente, probando el movimiento de su brazo.



"No creas que te debo nada."

Virgilio sonrió, la sonrisa de alguien que esperaba exactamente esta respuesta.

"Nunca espero gratitud." Se dio la vuelta y empezó a alejarse. "Sólo resultados"

Detrás de él, Ada terminó de limpiar la cuchilla y dijo con desdén: "Espero que la próxima vez dure más de dos minutos"

"Está bien..." comenzó, pasándose una mano por el cabello, todavía manchado con pequeñas gotas de sangre seca. "Con esto concluye la parte de entrenamiento. Ahora, vayamos a lo que realmente importa." Los tres lo observaron en silencio. Ada, impasible; Katharina, curiosa; Ingrid, todavía conteniendo su ira con la suficiente fuerza como para apretar los dientes.

Vergil dio unos pasos hacia el centro de la arena, el fuerte eco de sus botas marcaba el silencio. Miró a su alrededor, evaluando el espacio, los restos y el olor metálico que aún persistía en el aire.

"¿Alguna actualización sobre el torneo?" Preguntó sin rodeos, con la voz baja pero firme. "Quiero saber si hay algo nuevo. Cualquier cambio, cualquier movimiento entre los reinos."

Katharina fue la primera en responder.

"Nada concreto hasta ahora." Cruzó los brazos, con expresión reflexiva. "Parece que nada ha cambiado, ya que Amon o cualquier otra persona ha venido aquí para saber qué pasará."



Ada limpió la punta de su katana con un pañuelo blanco y su mirada nunca abandonó la hoja.

"Y con razón", comentó. "No es frecuente que mortales, demonios y deidades se enfrenten en el mismo escenario. Deben estar bastante ocupados en este momento."

"Hm..." Vergil murmuró pensativamente. "¿Y los enviados?"

Paimon debe estar preparando los registros", respondió Katharina. "El equipo principal necesita confirmación."

Vergil miró hacia arriba y el aire a su alrededor palpitaba con una energía casi imperceptible. "Ya veo..." murmuró. "Entonces nada ha cambiado."

Permaneció en silencio por unos momentos, con la mirada perdida en el horizonte. El crepitante distante de las llamas resonó como un susurro.

Finalmente, se volvió hacia Ada.

"Bueno..." dijo con una ligera sonrisa. "Como no tenemos más actualizaciones y aparentemente el resto de ustedes aún no están a la altura, creo que está decidido"

Ada miró hacia arriba, finalmente levantó su espada y la apoyó sobre su hombro. "¿Decidido?"

Virgilio cruzó los brazos. "Vienes conmigo al torneo."



Un breve silencio llenó la habitación. Los ojos de Ingrid se abrieron y Katharina simplemente arqueó una ceja.

Ada inclinó la cabeza, con la mirada seria. "¿Yo?"

"Sí," Vergil respondió sin dudarlo. "Eres el único que demostró alguna capacidad real para adaptarse en combate. Y más que eso..." sonrió levemente. "No lo dudes."

"Ni siquiera viste la pelea", dijo Ingrid.

"Ella es mi esposa, ella es completamente capaz."

Ada limpió la sangre de la cuchilla una última vez y la envolvió. "Bueno, al menos podré pasar más tiempo contigo."

Ada envolvió su katana con un clic agudo, y el sonido metálico resonó en la arena aún manchada de sangre. Caminó hacia Virgilio con pasos firmes —el mismo tipo de paso que usaba en combate: calculado, preciso, seguro.

Cuando llegó hasta él, sin decir palabra, deslizó su brazo a través del suyo, entrelazándolo naturalmente, como si el gesto ya fuera una costumbre. El contraste era curioso—su tacto, cálido y firme, contra el comportamiento frío y distante de Virgilio.

"Hm," murmuró, arqueando una ceja y con la comisura de los labios curvada en una media sonrisa. "¿Así es como se celebra una victoria?"

"No," respondió Ada, sin cambiar de tono. "Así es como me aseguro de que no cambies de opinión."



Virgilio soltó una risa breve y baja que sonaba más como un susurro de ironía.
"¿De verdad crees que alguien puede hacerme cambiar de opinión?"

"Puedo", respondió ella simplemente, con la mirada fría como el acero.

Por un momento, los dos se quedaron así —el infierno que los rodeaba parecía inclinarse ante su presencia mutua, tambaleándose entre el respeto y la tensión. Katharina, al fondo, simplemente suspiró.

"Ustedes dos son imposibles," murmuró, sacudiendo la cabeza.

Vergil ignoró el comentario y miró el horizonte —el cielo carmesí ondulaba en espirales de energía, el aire espeso como humo vivo. Su expresión cambió y se volvió más seria.

"Está bien", dijo finalmente, tirando ligeramente de su brazo, pero Ada no la soltó. "Me voy a Amón. Necesito saber si hay algo nuevo en el torneo."

Ada lo miró de reojo, sospechosa. "¿Vas solo?"

"Tienes intención de venir conmigo, ¿no es así?" Él respondió, sin mirarla directamente.

"Por supuesto, no quiero más problemas", dijo, con un toque de sarcasmo.

...

En otro lugar...



La sala de mármol blanco brillaba con una luz casi dolorosa—cada superficie reflejaba el resplandor dorado del crepúsculo divino que bañaba el Olimpo. Columnas adornadas con antiguas runas sostenían el techo abovedado y, debajo de él, el sonido distante de las corrientes de energía celestial vibraba como un coro apagado.

En el centro de ese colossal templo, Atenea estaba sentada en su trono de jade y oro, con su casco apoyado en el apoyabrazos y su lanza apoyada casualmente en su hombro.

La diosa no apareció en paz.

Su mirada fría y analítica se movía lentamente entre las dos figuras arrodilladas ante ella —el Heraldo de Ares, envuelto en un aura roja de furia contenida, y el Heraldo de Poseidón, cuya presencia exudaba la calma profunda y despiadada del mar.

Ambos esperaban la decisión.

El aire interior era pesado, saturado de poder divino y anticipación.

"Dos representantes..." murmuró Atenea, su tono tranquilo pero agudo. "Dos nombres entre tantos y, sin embargo, ninguno de ustedes me convence del todo."

El Heraldo de Ares levantó la cabeza. Sus ojos eran como brasas ardientes y su cuerpo tenía cicatrices que parecían no sanar nunca.



"Con el debido respeto, mi señora," dijo, con su voz profunda resonando como un trueno reprimido. "Si el torneo quiere demostrar poder, no hay mejor opción que yo. Ares me entrenó personalmente para la guerra."

"Sí," Atenea respondió sin dudarlo. "Y es precisamente por eso que dudo."

Él frunció el ceño, confundido.

"...¿Cómo?"

La diosa inclinó ligeramente la cabeza y el brillo de la antigua sabiduría cruzó sus ojos dorados.

"Eres poder puro, fuerza sin propósito," explicó. "Y el Olimpo no sólo necesita violencia. Necesita resultados, control."

El silencio que siguió fue tenso.

Entonces Atenea volvió su mirada hacia la otra figura.

El Heraldo de Poseidón era una mujer alta con cabello largo y azul oscuro que recordaba al océano bajo la luna. Su cuerpo delgado y su mirada tranquila contrastaban con la presencia devastadora que emanaba —como una tormenta a punto de surgir.

"Y tú, Nereida," dijo Atenea, su tono ahora es más mesurado. "Poseidón habla muy bien de tus habilidades. Y, a diferencia de tu compañero aquí, rara vez dejas un rastro cuando ganas."

Nereida inclinó ligeramente la cabeza.



"El agua no necesita gritar para matar, mi señora," ella respondió suavemente.
"Solo necesita llenar el espacio que el enemigo deja abierto."

Atenea dio una pequeña sonrisa. "Una respuesta digna del mar."

El Heraldo de Ares gruñó suavemente. "Sus palabras no significan nada sin sangre que las respalde."

Antes de que Atenea pudiera responder, el suelo tembló levemente —el sonido distante de una explosión resonó en las montañas doradas que rodeaban el Olimpo. El brillo del horizonte cambió por un instante y las runas del techo brillaron.

La diosa frunció el ceño.

"La conferencia de los dioses está afectando a los dominios menores... otra vez," murmuró, casi para sí misma. "Estos idiotas están causando problemas entre reinos otra vez... el Administrador no estará contento."